



ANA FORNER

**TAN BONITO
QUE ES DE
VERDAD**

Ana Forner

Tan bonito que es de verdad

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Addictive Stock / Adobe

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2020

Depósito legal: B. 13.739-2020

ISBN: 978-84-08-23432-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO 1

ADA

La vida son decisiones o, más bien, el fruto de esas decisiones. Mi vida podía haber sido más sencilla si, en lugar de decidir venir a Nueva York, hubiese optado por la vía fácil que era quedarme en Napa y trabajar en la bodega de mi familia, así que supongo que las cosas fáciles no van conmigo.

Me llamo Ada y soy la peluquera y maquilladora de uno de los mejores fotógrafos de moda, si no el mejor, Nick Klain, y, si me preguntas, del hombre más guapo del planeta y no, no estoy exagerando, y no, tampoco soy ninguna adolescente que solo piensa en tíos, pues tengo veintiséis años y esa etapa la dejé atrás hace mucho. De hecho, soy una chica centrada y formal, incluso diría que aburrida a veces. Me va lo normal y corriente y soy feliz con las cosas sencillas de la vida como una película con final feliz, el olor a tierra mojada después de un buen charrón, una canción bonita que me haga soñar despierta, comprarme un libro de esos que, de antemano, sé que van a hacerme llorar, ir al cine y... bailar, me encanta bailar.

Como ves, no tengo gustos estrafalarios, no me va el sado ni el sushi y, sí, es verdad, ya sé que no tiene nada que ver una cosa con la otra, y que el sushi no es nada raro, pero se me acaba de ocurrir porque ni me gusta una cosa ni la otra, vamos, que yo más bien soy del misionero y de la comida eco, sí, eco de ecológica, me estoy liando. A lo que iba, mi vida sería tremendamen-

te fácil si en lugar de estar colada por Nick me hubiera colado por cualquier otro tío. ¡Anda! ¡Es verdad! ¡Que no te lo había dicho! Sí, estoy colada por Nick y déjame decirte que es una putada muy grande pillarte de tu jefe, sobre todo si no tienes nada que hacer, y no necesito saber lo que piensas para responderte que no, que ya quisiera, pero no. Además, Nick es esa clase de hombre que te impone un huevo, o dos, o la docena entera, o, al menos, a mí me impone y mucho, vamos, que como me mire más de dos minutos seguidos empiezo a correr en Nueva York y termino en Alaska. En serio, me muero de vergüenza cuando estoy con él porque no siento deseos de matarlo, como le sucede a Noe, mi compañera de piso, con su jefe, sino que, más bien, siento deseos de tirármelo o, en su defecto, de matarme a mí misma por vergonzosa. Sí, lo soy, creo que he olvidado incluirlo en mi descripción, soy vergonzosa hasta lo humillante y, de verdad, me sacó de quicio yo sola, lo que daría por ser como las modelos con las que trabajo a diario y que continuamente se insinúan a Nick y, si digo insinúan, estoy siendo muy «suave», créeme, lo que tengo que ver todos los días. Por Dios.

Mi vida no es fácil y sí, ya lo sé, la de nadie lo es y esto no deja de ser un «asuntillo» frente a verdaderas tragedias, pero ¿qué queréis que os diga? En estos momentos solo estoy mirando mi ombligo; además, si dejamos a un lado las catástrofes que sacuden el mundo, las enfermedades incurables, la gente que pasa penurias y los verdaderos problemas y nos centramos en los «asuntillos», este, el que me atañe a mí, es para tener en cuenta y, si no, ponte en mi lugar; del montón si me comparas con la media y del montón tirando hacia el sótano si me comparas con las modelos impresionantes a las que tengo que maquillar a diario, trabajando y colada hasta los huesos por un tío que también podría ser modelo si se lo propusiera; guapo hasta lo escandaloso, interesante hasta lo indecible y sexi hasta lo vergonzoso y que ni siquiera se molesta en dedicarme una mirada que dure más de dos minutos, y, sí, ya sé que antes he dicho que si alargara la duración de esa mirada me faltaría ciudad para correr pero, a veces, mataría para que lo hiciera, aunque luego dejara el maratón de Nueva York a la altura del betún.

Creo que este sería un buen resumen de mi vida; bueno, he olvidado mencionar que esta noche cenaré con él. Sí, con él, con ÉL... y me impone no un huevo sino la granja entera. ¿Que por qué ceno con él? No, no me ha invitado, ya quisiera, o no, o yo qué sé, el caso es que mi amiga Valentina, la mejor *top model* de todos los tiempos, sí, lo sé, menos yo, aquí son todos muy *top*, se casa con Víctor y nos ha invitado a Nick y a mí a cenar para despedirse de ambos porque regresa a España. Así que aquí estoy, frente al armario, devanándome los sesos pensando en lo que voy a ponerme para intentar alargar esa mirada antes de echar a correr como si no hubiese un mañana.

—¿Qué haces? —me pregunta mi amiga Noe entrando en mi habitación, tirándose sobre mi cama con las zapatillas puestas. La miro todo lo mal que puedo.

Noe es española, de Cantabria, para más señas, empezó siendo mi compañera de piso y ha terminado siendo mi mejor amiga. Somos algo así como el yin y el yang, el otro extremo de la balanza y todo lo que sea contrapuesto: yo soy ordenada y ella es un caos, yo soy vergonzosa y ella es tan sociable que me da hasta rabia, yo soy centrada y ella es todo lo alocada que puede llegar a ser una persona, y así podría estar durante horas y horas, así que mejor si lo dejo estar.

—¿Te importaría quitar tus zapatillas mugrientas de mi impoluta y preciosa colcha? —le pido cruzándome de brazos mientras ella, negando con la cabeza, se las quita como nunca deberían quitarse unas zapatillas, porque, vamos a ver, lo normal es desatarte los cordones, abrirlos un poquito y luego ya te las quitas, no te la bajas por el talón ayudándote con la otra, vamos, que esto es de colegio. Por Dios.

—Déjame en paz, cada una se las quita como quiere —me dice leyéndome el pensamiento.

—Luego las tienes que desatar por narices si quieres poner-telas.

—Perdona, yo no necesito hacerlo —me replica haciéndome una mueca—. ¿Y qué haces? ¿Vas a salir? ¡Ay, es verdad! ¡Que hoy tienes la cena con Nick! ¡Oh, Dios mío! —suelta antes de empezar a troncharse—. ¿Quieres que vaya contigo y

te haga de intérprete para cuando tengas que hablar con él? —me pregunta mofándose.

—Qué idiota eres. Hablo con él todos los días —le rebato, resignada a soportar sus burlas.

—Sí, pero en el curro; no es lo mismo, querida. Además, tú con él eres más de monosílabos: sí, no, voy —apostilla con retintín para luego troncharse de nuevo.

—¡Ay, cállate! Ya lo sé, pero esta noche va a ser diferente porque me he propuesto dejar de verlo como un semidiós para verlo como un tío del montón.

—Como no te inyectes el alcohol en vena dudo mucho que puedas llegar a ver a Nick como a un tío del montón, pero podrías intentar construir una frase entera, ya sabes: sujeto, verbo y predicado —me rebato sonriendo—, y si te atreves incluso podrías hacerla hasta compuesta —prosigue la broma mientras yo la miro negando con la cabeza y sonriendo a la vez, valorando cogerla por un pie y sacarla a rastras de mi cama para hacerla callar de una vez.

—Muy graciosa —le digo finalmente, descartando mi idea, pues sé que se aferraría a la colcha y luego me costaría hacer la cama.

—Mucho —me indica con una sonrisa puñetera.

—Oye, ¿y tú? ¿Vas a salir hoy? —le pregunto deseando cambiar de tema.

—No querrás que me quede en casa un sábado por la noche, ¿verdad? Y no me esperes despierta, abuelita.

—Prefiero ser abuelita a ser tan inmadura como tú, te recuerdo que anoche, sin ir más lejos, tuve que abrirte la puerta porque no veías la cerradura —le rebato tronchándome esta vez yo, recordando como llegó hasta la cama a gatas porque temía caerse—. Tenía que haberte grabado mientras te arrastrabas hasta la cama —prosigue recordándolo y descojonándome con ganas.

—Tú búrlate, que la vida es muy perra y de lo que hablarás tocarás —me dice haciéndome una mueca—. Por cierto, ¿qué piensas ponerte? Espero que un vestido —me indica cambiando de tema.

—Pues no, había pensado ir con chándal y deportivas —le

contesto ante su mirada de ¡venga ya!—. Voy a ponerme este vestido ¿te vale? —le pregunto sacando uno negro, ceñido y escotado del armario—. Puede que no llegue a casa a rastras como tú, pero sé vestirme.

—Oye, no hables muy alto a ver si ese que maneja todo desde ahí arriba te escucha y decide devolvértela. Anda que no me reiré si un día tengo que abrirte la puerta porque eres tú la que no ve la cerradura —me dice levantándose para, luego, dirigirse hacia la puerta, dejando sus zapatillas tiradas por mi habitación. Resoplo suavemente, Dios, qué desastre es—. Y haz el favor de centrarte de una vez —me dice antes de salir de mi cuarto.

—Espera, ¿por qué me pides que me centre? —le formulo siguiéndola—. ¿Y por qué no coges tus zapatillas?

—Olvídate de las zapatillas, que pareces mi madre, cualquier día te veo haciendo ganchillo y manteles para la mesa —me dice volviéndose hasta quedar frente a mí—. A ver, mírame —prosigue mientras pongo los ojos en blanco.

—Ya lo hago —mascullo frunciendo suavemente mi ceño.

—Cállate y atiende. Nick te gusta un montón y hoy vas a salir con él, así que hazme, o hazte, el favor y, aunque sea solo por esta noche, deja de verlo como tu jefe y míralo como un hombre que está disponible, no sé, podrías imaginarte que no lo conoces de nada y que hoy es vuestra primera vez.

—Ya quisiera —la corto enarcando mis cejas.

—Podría ser si tú pusieras un poquito de tu parte. Vamos a ver, que yo entiendo que seas vergonzosa, pero no puedes ponerte roja cada vez que te habla porque trabajas con él y te habla continuamente, eres como una lucecita roja andante.

—No es cierto, no me pongo roja siempre —me defiendo frunciendo el ceño de nuevo.

—Como te mire más de medio segundo te pones roja.

—Dos, con medio segundo todavía puedo controlar la situación —bromeo sabiendo que soy frustrantemente frustrante.

—Escúchame —me dice con seriedad posando sus manos sobre mis brazos—, eres guapa, por mucho que tú digas que eres del montón, no es cierto; de hecho, tienes una cara que ya

quisieran muchas, tienes un buen cuerpo, eres inteligente e incluso graciosa cuando te sueltas, así que hazlo, suéltate de una vez y deja que fluya. Nick no es un ser supremo, es un tío de carne y hueso que posiblemente estará hasta las narices de ver a tías perfectas continuamente, y tú eres su excepción y esta noche vas a cenar con él. Súbete las tetas, esconde esa tripa inexistente que tienes, píntate los labios de rojo, ponte unos tacones y haz que te vea.

—Que me vea... —repito como si esa frase fuera un total despropósito.

—Sí, que te vea, y ahora voy a darte el peor consejo que pueda dar una amiga pero que, para casos extremos como el tuyo, funciona. Bébete una copa de vino, o dos, o tres si de esa forma consigues sacudirte esa vergüenza absurda que tienes y que no sirve para nada.

—No pienso llegar a casa a rastras como tú —le indico dibujando una sonrisa en mi rostro.

—Ya te he dicho que no hables muy alto por si acaso —me rebate guiñándome un ojo antes de llevarse las manos a las sienes—. Tía, ayer se me fue mucho de las manos, empezaron con la ronda de chupitos y ya sabes que me sientan fatal, ¡mierda! Todavía me duele la cabeza —se queja cerrando los ojos para, luego, masajearse las sienes.

—Pues no es que hoy vayas a quedarte en casa —la pincho sonriendo.

—Para quedarme en casa un sábado tendría que estar muriéndome, no con un simple dolor de cabeza —me dice negando con la cabeza antes de dirigirse al baño—. Voy a ducharme y cuando salga quiero verte como te he dicho —prosigue señalándome con su dedo índice y bufo suavemente.

Que me suba las tetas dice... pero oye, ¿y por qué no voy a hacerlo? Me pregunto empezando a vestirme mientras siento los nervios empezar a mordirme por dentro porque nunca, jamás, en todos estos años, y llevo seis currando para Nick, he cenado con él, ni siquiera hemos compartido un mísero café en plan colegas. Nuestra relación, si puede resumirse de alguna manera, se ha reducido a que él me pide lo que quiere y yo lo hago. Nunca hemos bromeado, nunca hemos compartido con-

fidencias de ningún tipo, y nunca hemos rebasado ningún límite; es más, cuando Valentina o Bella me han propuesto unirme a cualquier cosa que estuvieran haciendo juntos, el gesto de fastidio de Nick me ha dejado cristalinamente claro que no era bienvenida, así que supongo que es normal que hoy esté un pelín nerviosa y el corazón me vaya a tropecientos mil por hora.

Me maquillo escuchando parlotear a Noe sobre un tío al que conoció anoche y al que espera ver de nuevo hoy mientras mi cabeza desconecta en ocasiones del sonido de su voz para llevarme directa al centro de mis nervios o, lo que es lo mismo, ÉL.

—Vale, ya estoy —le comunico cuando sale de la ducha, dándome la vuelta para que pueda verme desde todos los ángulos—. Ya me he subido las tetas, estoy escondiendo mi inexistente tripa, ya me he pintado los labios de rojo y... ¿me habías dicho algo más? ¡Ah, sí! ¡Que me pusiera unos tacones! Bueno, pues ya está, ¿algo más que añadir?

—Sí, que te bebas una botella entera de vino si con ello consigues sacudirte los nervios, pero eso hazlo luego, tampoco es cuestión de llegar al restaurante dando bandazos —me indica riéndose, envolviendo su cuerpo con una toalla.

—No pienso emborracharme, esas cosas las haces tú por las dos —le digo sonriendo. Inspiro profundamente y suelto todo el aire de golpe para luego salir del baño seguida por ella—. Estoy tan nerviosa que parece que vaya a tener una cita con él en lugar de ir a una simple cena en la que él estará presente. Que igual ni me mira y se pasa la cena hablando con Valentina y con Víctor, que será lo que hará. Tía, a veces me pregunto si no le caeré bien —me quejo metiendo mis pinturas de guerra en el bolso.

—Si no te mira le estampas la botella de vino en la cabeza, verás como entonces sí que lo hace —me indica bromeando.

—En fin —suelto volviendo a llenar mis pulmones de aire y vaciándolos de golpe—. Me voy, deséame suerte —musito poniéndome la chaqueta.

—¡Suerte! ¡Y súbete las tetas todo lo que puedas! —me dice consiguiendo que libere mis nervios con una carcajada.

Salgo a la calle sintiendo el corazón, de nuevo, martillearme

en la garganta y, mientras me dirijo en busca de la boca de metro más cercana, me obligo a dejar de pensar en lo que ocurrirá esta noche para, simplemente, centrar mi atención en todo lo que me rodea, en lo conocido que me tranquiliza frente a lo desconocido que acelera mi corazón hasta el punto de dejar sus latidos marcados en mi tórax, en lo seguro, que es como un bálsamo, frente a lo inseguro que hace que todo mi interior tiemble con fuerza.

—Tranquila, no va a comerte —musito en un susurro imperceptible, incluso para el aire que acompaña mis pasos, mientras deslizo mi mirada por la calle donde resido.

Vivo en Brooklyn, concretamente en el barrio de DUMBO, y aunque su nombre pueda llevarte a pensar en el elefante de la película de Disney, en realidad son las siglas de «Down Under the Manhattan Bridge Overpass». Me encanta este barrio y a ti te gustaría si lo conocieses, sus vistas son las mejores; vale, Manhattan no está mal, pero aquí tenemos la mejor fotografía de todas: el Empire State justo debajo del puente de Manhattan, casi encuadrado, como si en lugar de ser real un pintor lo hubiera colado en su lienzo. En ese cruce, entre Washington Street y Water Street, rodeada de edificios de piedra roja que parecen acogerte, es donde, sin lugar a duda, vas a obtener una de las mejores fotografías de esta ciudad. Bueno, en Pebble Beach, sobre todo por la noche, hay otra para tener en cuenta, además de ser el lugar al que suelo ir cada vez que estoy confundida, que últimamente es muy a menudo. Me gusta ir a esa pequeña playa, sentarme en los escalones y perder mi mirada en los altos edificios de Manhattan, en los *ferries* que surcan el East River, o en el puente de Brooklyn, ese puente que conecta mi mundo con el suyo. A veces me pregunto por qué sigo aquí, en Nueva York, cuando nada me ata a este lugar y ya he vivido parte de lo que quería vivir cuando llegué, o por qué no cambio de curro y hago mi vida mucho más fácil. Aunque siempre me marchó sin tener la respuesta a mis preguntas, sus vistas me relajan, recuerdo mientras bajo la mirada hasta detenerla en el suelo que voy pisando cada vez con mayor firmeza.

«Deja que fluya», recuerdo las palabras de mi amiga alzando la vista para detenerla en las múltiples cafeterías, restaurantes

y antiguos almacenes convertidos en boutiques alternativas que voy dejando atrás. Debería hacerlo, debería dejar que fluyera, aunque la incomodidad entre ambos, a veces, sea la tercera en discordia, aunque muchas veces ni se moleste en mirarme cuando me habla o aunque no sea su compañía preferida, sí, definitivamente debería dejar que fluyera en lugar de desear salir corriendo continuamente.

Llego al New Orleans, uno de los restaurantes preferidos de Nick y de Valentina y, antes de cruzar el umbral de la puerta, inspiro profundamente como llevo haciendo desde hace horas, pues he pasado un día que mejor ni os cuento. Currando a su lado, sí, los sábados a veces curramos, teniendo cientos de conversaciones en mi cabeza con él y sin llegar a verbalizar ninguna pues, como siempre, la vergüenza se ha adueñado de mis palabras y, al final, he optado por dejarlo correr, guardando silencio como acostumbro a hacer y diciéndome a mí misma que estaba demasiado concentrado como para interrumpirlo.

«Deja que fluya», «haz que te vea», rememoro de nuevo estos consejos que durante años me ha dicho mi amiga con la salvedad de que, por primera vez, estoy dispuesta a hacerlo, aunque luego me muera de vergüenza. Ay, madre, que sea lo que Dios quiera, me digo antes de abrir la puerta con decisión.

Los localizo en cuanto accedo al local y sonrío al ver a Valentina levantar el brazo para hacerse ver mientras siento, como siempre cuando vengo aquí, que me he trasladado a Nueva Orleans sin haberme movido de Nueva York, pues este restaurante, con su música de fondo y su comida, te llevan irremediablemente a esa ciudad.

—¡Holaaaaa! Gracias por venir —me saluda mi amiga, levantándose para luego darme un abrazo. Creo que está a punto de darme un ictus mientras que Nick, por el contrario, permanece tan tranquilo, repantigado en su silla.

—Gracias a ti por invitarme —musito mirándolo de reojo.

No se ha cambiado y lleva la misma ropa que llevaba hoy en el estudio y, aun así, podría pasar por un modelo que está posando para un fotógrafo inexistente. Su pelo revuelto, como si terminara de pasar los dedos por él, sus ojos marrones como el chocolate caliente, la barba recortada, sus labios carnosos, per-

fectamente definidos, su barbilla, donde siempre, y no sé por qué, termino deteniendo mi mirada. Y luego esa camisa azul, con los primeros botones desabrochados por los que asoma el vello de su pecho y que contrae ligeramente mi vientre y cubre de rubor mi rostro, como siempre cuando lo tengo cerca. Ay, Dios, ay, madre, ay, Virgencita (esto lo dice mucho Noe y me lo ha pegado), inspiradme para que fluya y ¿qué era lo otro? Ah, sí, que me vea, bueno, pues de momento no es que me esté viendo mucho, me lamento separándome de los brazos de mi amiga para ir a saludar a Víctor, que se ha levantado para darme un par de besos. Escondo mi inexistente tripa mientras maldigo no haberme subido las tetas antes de entrar en el local.

—Hola, Víctor —lo saludo dándole un par de besos mientras Nick continúa repantigado en su silla, vamos, que está más que claro que no tiene intención de levantarse y yo no pienso ser la que vaya tras él, porque podré ser vergonzosa hasta lo frustrante, pero tengo mi orgullo—. Hola, Nick —lo saludo con voz neutra, sentándome en la única silla que queda libre, justo frente a él, D-I-O-S M-Í-O, voy a tenerlo delante toda la cena, ya puedo inyectarme todas las botellas de vino de este local si quiero mantenerme anclada a la silla y no salir corriendo.

—Hola —me saluda con sequedad. Ay, Señor—. ¿Os conocáis? —le pregunta a Víctor, pasando de mí, y algo me dice que va a actuar así durante toda la cena.

—Cuando conseguí terminar con todos los regalitos que Cat me tenía preparados, me dediqué a mostrarle la ciudad a Vic, y Ada se sumó a nosotros una tarde —le aclara Valentina mientras siento que casi puedo palpar el fastidio de Nick y, de repente, la vergüenza se diluye para dar paso al enfado. ¿Qué le pasa? Además, ¿qué más le dará si conozco o no a Víctor?, me pregunto mientras mi mirada se une a la suya durante una fracción de segundo.

—¿Y puedo saber qué tarde fue? —le pregunta frunciendo el ceño y volcando su atención en ellos.

—La tarde del domingo. ¿Por qué? ¿Te hubieras venido? —le formula mi amiga mientras yo me remuevo incómoda en mi asiento sabiendo la respuesta sin tener que escucharla. Ni

amenazándolo de muerte hubiera venido, lo que no sé es cómo ha accedido a esta cena. Dios, a veces me pregunto si tendré alguna enfermedad contagiosa y no lo sabré, porque no es normal lo de este hombre.

—Por supuesto que no —le responde. De repente, siento deseos de encararlo.

—Ya me lo temía —le responde Valentina—. Por cierto, chicos, el vino lo elegimos nosotros —nos dice guiñándole un ojo a Víctor mientras yo me mantengo en silencio.

Pedimos la cena y, mientras la degustamos, mis temores se hacen realidad pues, a pesar de tenerlo frente a mí y de que una conversación entre ambos sería lo más normal del mundo, la triste verdad es que siento que me he vuelto invisible para él, como si esta silla, en lugar de estar ocupada por mí, estuviese vacía, por lo que me dedico a hacer lo mismo que Nick está haciendo conmigo: ignorarlo con todas mis fuerzas y regalarle las mismas miradas de fastidio que me regala él a mí cuando no tiene más narices que mirarme.

—Está buenísimo este vino —le digo a Valentina con una enorme sonrisa en mi rostro, fruto, sin lugar a duda, de la cantidad de alcohol que circula ahora por mis venas. Si no recuerdo mal, este vino procede de las bodegas de su familia, en La Rioja.

—¿No te apetece beber agua? —me pregunta Nick dejándome pasmada. Venga ya.

—No, no me apetece —le respondo alzando el mentón, sintiendo como el alcohol suelta mi lengua.

—Está bueno, ¿verdad? Es un vino de autor y Víctor inter vino en su creación —nos explica mi amiga con orgullo mientras me llevo de nuevo la copa a los labios y, para mi asombro, los ojos de Nick vuelan a ellos consiguiendo que algo caliente, como una bola de fuego, se forme en mi vientre—. Por cierto, estáis invitados los dos a la boda, ¿verdad, Vic? —le pregunta a Víctor y pongo toda mi atención en sus palabras—. Podéis alojaros, si queréis, en la casita de invitados —nos propone como si nada, y siento como esa bola de fuego que se había iniciado en mi vientre se expande hasta llegar a mi rostro—. Así Nick puede subirte la cremallera del vestido si lo necesitas —añade con falsa

inocencia mientras casi me atraganto con el vino y Nick la mira todo lo mal que puede.

—Muy graciosa —masculla este.

—Nick, no estoy siendo graciosa, es la verdad... A veces las mujeres necesitamos que nos bajen la cremallera. —La leche, ¿pero qué dice esta loca?

—Y yo creyendo que habías dicho subirla —le rebate entre dientes mientras yo no puedo articular palabra.

—Para bajarla después —le replica, soltando una carcajada, mientras yo, muerta de vergüenza, me bebo todo el vino que quedaba en mi copa de un trago.

—Igual quiero que me la baje otro —mascullo dejando la copa con firmeza sobre la mesa, clavando mi mirada en Nick, muy harta de sentirme ignorada o, lo que es peor, como si fuese portadora de una enfermedad contagiosa—. Me paso el día viéndolo y oyendo sus órdenes; os aseguro que, si alguien tiene que bajar mi cremallera, no será él —afirmo con un convencimiento que no sé de dónde me sale porque, y esto que quede entre nosotras, que me baje la cremallera sería mucho mejor que si me tocase la lotería.

—Trabajas para mí, por supuesto que oyes mis órdenes —me rebate sosteniéndome la mirada mientras yo siento como esa bola de fuego toma fuerza en mi vientre, y doy gracias al cielo al no sentir mis mejillas ardiendo.

—Y justo por eso no bajarás mi cremallera —le repito acercándome un poco más a la mesa, pegando, sin pretenderlo, mis pechos a ella y quedándome pasmada al ver como la mirada de Nick se posa en ellos durante una fracción de segundo para volar rápidamente hasta mis ojos, que lo miran con decisión.

Vale, lo asumo. No me reconozco. Esta no soy yo. Esta es la Ada que mañana querrá morirse o, en su defecto, hacer un hoyo en las aceras de Nueva York para meter su cabeza o todo su cuerpo en él para no volver a ver la luz del sol.

—No quiero hacerlo —me rebate con sequedad.

—Me alegra que lo tengas claro —replico sin dejar de sostenerle la mirada, sin sonrojarme y sin titubear, vamos, que si me viera Noe en estos momentos la dejaba pasmadita perdida,

como me estoy quedando yo conmigo misma, para qué engañarnos.

—¿Te sucede algo, tío? —le plantea Nick a Víctor cuando este suelta una carcajada, momento que aprovecho para llenar mis pulmones de aire.

¿Qué acaba de suceder?

—Vamos a pedir otra botella de vino —le responde mientras mi amiga suelta otra risotada y yo me centro en ellos, segura de que acabo de mantener la conversación más larga con Nick en todos estos años y no ha tenido nada que ver con el curro sino con la cremallera de mi vestido.

«Tú eres su excepción», rememoro de repente las palabras de mi amiga mientras siento algo vibrar dentro de mí.

—A este paso vamos a bebernos todos los Valentina del restaurante —comenta mi amiga sacándome de mis pensamientos, haciendo referencia al vino que estamos bebiendo, mientras siento como una gota de sudor se desliza por mi espalda.

—Qué calor —me quejo recogiendo mi melena oscura en un moño bajo.

—Pues no bebas más —me casi ordena Nick entre dientes.

—Haré lo que quiera —le rebato con sequedad, asombrándome de nuevo por lo suelta que tengo la lengua esta noche, porque esto, que quede claro, estando sobria, jamás se lo hubiese dicho; bueno, ni esto ni lo otro—. Por cierto, es vuestra última noche, ¿por qué no vamos luego al Carpe Diem? Fui el otro día con mis amigos y está genial. ¿Qué me decís? ¿Os apetece? —les pregunto a Valentina y a Víctor, pasando de Nick a pesar de sentir su mirada furiosa sobre mi cuerpo.

—Yo me planto aquí —masculla. Venga ya. ¿Se marcha ahora?

—De eso nada, tú te vienes —le ordena mi amiga, frunciendo el ceño—. Nick, es mi última noche en la ciudad, ¿de verdad vas a darme plantón?

—No te estoy dando plantón; simplemente, ya he tenido suficiente.

—¿Suficiente de qué? —inquiero envalentonada sabiendo que está refiriéndose a mí y, maldita sea, estoy harta de que me haga sentir que sobro.

—Suficiente de todo —farfulla, sosteniéndome la mirada.

—Si no vienes al Carpe Diem, iremos nosotros a tu casa y montaremos allí la fiesta —suelta Valentina como si nada.

—Eres peor que una mosca cojonera —sisea Nick entre dientes.

—Gracias, es lo más bonito que me han dicho nunca —le contesta y escucho de fondo a Víctor carcajeándose mientras yo, por dentro, solo soy capaz de postrarme a los pies de mi amiga.